

# El Arte

*Revista Hebdomadaria.*

Núm. 9

5 de Marzo de 1899

Año I

EMILIO CARRERAS



Hace tipos ideales  
de tan distintas maneras  
y tan distintos modales,  
que hay que decir de Carreras  
que es CARRERAS ESPECIALES.



## MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

Salía buscando aire puro y reposo... La calle me pareció una feria de andrajos; mujeres y hombres, roídos por el hambre, avanzaban tristes, inseguros, como si temiesen hallar de mañana en el centro populoso las mismas angustias que les ofrecieron de noche sus arrabales nauseabundos. Los niños corrían y gritaban; los vendedores, voceando, atraían á los curiosos. Un piquete de la Guardia civil se aproximaba solemne, severo, casi fúnebre, con isócrono andar; los miserables clavaron sus ojos enrojecidos en aquella masa oscura, y enmudecieron: su admiración silenciosa parecía más triste que su miseria. Seguí; una comarsa me recordó el Carnaval agonizante; los hijos, el padre, la madre y el abuelo, de amarillo y azul, con galones dorados y plumas en los capacetes: guerreros de burla y pobres de solemnidad; aparecía en su rostro la trágica estupidez, huella terrible de privaciones y sufrimientos interminables. Pasó un coche salpicando á los transeuntes, las carretas avanzaban lentamente, las mulas perezosas, los arrieros aburridos, y el flujo de los arrabales, como una riada turbia, descendía poco á poco.

Tomé, á la izquierda, el camino del Partidor, dejando atrás el bullicio y la podredumbre; sentí la dulzura del silencio, el suelo sin lodo, el aire puro... Arrimadas á una pared cosían dos viejas; cosían andrajos inservibles, acaso las galas de su alegre juventud. El cementerio mostraba las negras puntas de sus cipreses. La vejez al fin del bullicio; y pasado el cementerio, todo calma, el reposo más allá de la muerte; la llanura sin cultivo, nevada la sierra, y el cielo azul, con ese azul cuya pureza tranquila seduce y conforta...

¡La soledad en el campo, sintiendo la frescura del aire, la caricia del sol y el perfume de la tierra! Y cuando la noche se anuncia, todos los rumores que preceden á la oscuridad, como si los átomos invisibles atrancaran á un tiempo las puertas de sus diminutos hogares...

Las estrellas me guiaban al volver; volvía despacio, muy despacio, como si la naturaleza dormida me retuviese con un arrullo manso y apacible...

A media noche, llegando á casa, ví sobre la mesa unas hojas manuscritas... Eran los versos de muchos ilusos; muchas letras, muchos nombres distintos y un solo pensamiento: el amor; el amor de los que no aman, el amor de los poetas inmortales, falseado por sus imitadores. Bueno es que la juventud lea, estudie y admire; pero es mejor aún que sienta y viva.

¡Vivid, vivid, pobres criaturas! Vivid; y en el aire, y el sol, y el viento, y la nieve, y en la naturaleza toda, llena de perfumes y de fecundidad, hallaréis la poesía, toda la poesía, todos los amores del poeta.

\*  
\* \* \*

He leído una carta que H., librero de Manila, escribe á J., editor de Madrid. No se vende nada español, ni obras de pasatiempo siquiera; sólo piden gramáticas y diccionarios ingleses. Todo el mundo estudia inglés; la única preocupación de aquella turba, su pesadilla, es hablar el inglés; los profesores de idiomas andan tan solicitados como los médicos en tiempo de epidemia; no los dejan dormir; á todas horas piden sus auxilios centenares de pretendientes. Unos temas Ollendorff ó un método Ahn se cotizan á precios fabulosos, y las gentes andan por las calles como locas repitiéndose unos á otros en el idioma de Robinson: «¿Tiene usted mis zapatos?»—«No, señor, pero tengo una escama colosal.»—«¿Ha visto usted á la señora?»—«He visto un yankee muy feo con una estaca.»

Me parece—y cuando todo el mundo vocifera sus opiniones redentoras no hay motivo para que yo calle la mía,—pues, me parece que por aquí, en esta España de los ensueños de oro, deberíamos ir aprendiendo algo de inglés.

Con reposo y tiempo se hacen mejor las cosas; y sería muy oportuno crear unas cátedras de inglés en los Institutos provinciales. Así emplearíamos á los ingleses que tenemos, de una manera decorosa, y acaso también lograríamos fama de previsores para el porvenir.

Tendría gracia que mi opinión hallase apoyo en cualquier personaje huero de los que van á la husma de ideas.

Y me viese yo, ¡pobre de mí!, sin comerlo ni beberlo, autor anónimo de una reforma novísima.

\* \* \*

¿Quieres gobernar? ¿Ser ministro?

No me opongo. Llévanos á tu casa.

¿Tus hijos duermen aún? ¿Tu mujer no ha salido aún del tocador? ¡Y son las doce!

¿La cocinera no ha vuelto de la plaza? ¡Y almorzáis á la una.

¿Las doncellas hablan con los novios? ¡Y todo está revuelto y sucio!

Tu despacho es una leonera: libros deshojados, montones de papeles en divanes y sillas; no hay donde sentarse.

Tus hijos trabajarán... ¿Eh? ¿Cuentan sólo con tus relaciones y tus economías para vivir?

Y tu mujer... ¡Ah! ¿Sólo se ocupa de sus lujos y de sus adoradores?

Pero tú consientes... ¡Cómo! ¿Que no sabes meterlos en cintura? ¿No sabes gobernar una familia y quieres gobernar un mundo?

*El Desmemoriado*

---

## TRIANERAS

---

Cogí mi guitarra,  
y en las cuerdas, trianera mía,  
tu nombre vibraba.

\*

Lo que yo anoche soñaba  
no te lo quiero decir...  
¡Va te enterarás si pasa!

Hay en el altar mayor  
una virgen, que es retrato  
de la que más quiero yo.

\*

Puse una piedra en mi *fonda*,  
y fué á parar al camino  
de la casa de mi novia.

Te mando un jilguero,  
para que te diga, morena, cantando  
lo que yo te quiero.

*Angel Custodio Pintado*



En todo el mes de Febrero nos han ofrecido: el teatro Español, *Cyrano de Bergerac*; el de la Comedia, *Rosario* y *Sin rumbo*; el de la Princesa, *Celosa*, y el de Parish, *Don Lucas del Cigarral*.

El estreno de *Cyrano* fué un gran triunfo para Diaz de Mendoza y María Guerrero. Lástima que á la sexta representación hubiera de interrumpirse la brillante serie que sin duda lograra llenar con el mismo cartel cuanto resta de temporada.

Pero la suerte dispuso de otro modo las cosas. *Cyrano* y *Roxana*, con su entusiasmo artístico, enloquecían, y durante un mes trabajaban sin reposo, descuidando lo principal, su propia vida, entregándose á su ilusión en cuerpo y alma. Ultimamente, salían de los ensayos que daban después de la función á las cinco, volviendo á las diez de la mañana. Tres horas para dormir, pues no emplearían menos de otras dos en el camino de su casa, y en lavarse, vestirse y almorzar. Nunca se vió un esfuerzo tan grande, ni tan gallardas iniciativas puestas al servicio de una obra.

Midieron sus fuerzas para llegar al estreno, como un soldado mide sus energías para llegar al asalto. De la ganancia, de las muchas representaciones que debían seguir, nadie se ocupó. Así fué tan magnífico el éxito como desatinado el negocio. La empresa pierde con la suspensión más de 100.000 pesetas. Pocas enfermedades habrá tan costosas como la que padece ahora el artista ilustre. No faltará quien se regocije, pues hay siempre alguno á quien aprovecha el mal ajeno; pero el tiempo vuela, y solamente lo caduco se hunde. ¡Qué demonio! la juventud es un capital que dura bastante, aunque se arriesga todos los días. Hasta hoy, sólo pisaron flores; á veces resulta oportuno tropezar también con abrojos. No hay enseñanzas más elocuentes que las de varia fortuna.

*Cyrano de Bergerac* es una obra entretenida, variada y dulce; tocando á todas las emociones y á todos los sentimientos, provoca interés y alegría, sin herir con una sola violencia, ni descomponer con un gesto brusco, ni una fibra del alma. La bulliosa turba que rodea y atiende á *Cyrano*, ya cómica y trivial, ya reflexiva y trágica, ofreciendo á los ojos cuadros variadísimos y pintorescos, recrea el entendimiento y perfuma el espíritu con

varias emociones. Apilados en las armoniosas escenas del drama, surgen aspectos numerosos de la vida; pero dispuestos con tal arte, que seducen y encantan, sin que la risa descomponga un punto el rostro, ni la tristeza nuble un momento la dicha. El hambre se cubre con el heroísmo, y la muerte se rodea de poesía; las miserias, engalanadas con vistoso ropaje, no hieren, y las grandezas, dando motivo á graciosa burla, no se hacen envidiar. La nota media, sin contorsiones, domina en Cyrano, y conduce de un extremo á otro la gran epopeya como si fuese una dulce melodía. El brillo, pero no el calor de la llama; y aun lo brillante, dulcemente velado para que los ojos no se ofendan.

María Guerrero hizo de Roxana una figura ideal y seductora, vistiendo con elegancia suma el personaje. Mendoza demostró que *dice* como ninguno y estudia como pocos. Mendoza es de los que buscan el detalle y no se abandonan á su temperamento, condición precisa para no amanerarse y caer en una espantosa monotonía. Merece alabanzas de la crítica y aplausos del público por su delicada labor. ¡Adelante! ¡A la cumbre! Cirera es digno de mención especialísima; se puede ir al teatro sólo por verle una escena: la batalla de Arras. Es imposible dar al capitán gascón rasgos más fogosos y sinceros. No es el cómico embutido en la ropa del personaje, no; es el personaje realizado en cuerpo y alma con el poder supremo de una enérgica y vigorosa revelación artística.

En el teatro de la Princesa, *Jalouse, vaudeville* de Bisson, tuvo un éxito satisfactorio. Las complicaciones que originan los celos de una mujer imprudente, son harto asunto para entretener cuando se ha sabido sazonar con sales de todos calibres. María Tubau estuvo admirable, como en sus mejores tiempos, recordando en varias ocasiones las primorosas y sugestivas actitudes que lució en *Frou-frou, Divorçons, Andrea* y otras obras de su repertorio, que le dieron el renombre de que goza. El actor Palanca produjo buenísima impresión, detallando su papel admirablemente. Soltura, naturalidad, modales distinguidos, entonación perfecta y voz adecuada: el nuevo actor es de los que se abren camino; y le conocemos, gracias á las dotes directoriales de Palencia, quien ha probado esta vez que aún se puede contar con los humildes. Como vino este año á Madrid el Sr. Palanca, vino hace siete años el Sr. Thuillier, sin que nadie le conociese, á ocupar un puesto de primer actor. No sabemos nada en absoluto de la vida penosa ó fácil del nuevo artista; pero es cierto que de hoy en adelante su carrera está bien cimentada.

En el Circo de Parish, *Don Lucas del Cigarral* interesó pro-

fundamente; la música del maestro Vives, de todo punto admirable; algo diríamos de los versos, pero ni el espacio ni la ocasión lo permiten. La gallardía caballeresca de Rojas, la dulzura tibia de Fernández Saw y el chispeante humor de Luceño se unen, pero no se amalgaman. Estuvieron todos más acertados cuando Rojas hizo sin *colaboración* su comedia, cuando Fernández Saw tradujo á Coppée, temperamento más fácilmente asimilable al suyo, y cuando Luceño modernizó á Benavente.

El teatro de la Comedia ofrece la última obra de que alcanzo á tratar en mi primera revista. *Sin rumbo*, es una comedia que apunta muy bien y termina mal, por el empeño injustificado y contraproducente del autor que la conduce al drama patibulario; ni los maridos, ni las mujeres, ni los amantes, viven, como ha supuesto *Zeda*, entregándose á un delirio de imaginación, sin más base que recuerdos inoportunos de otras obras que ofrecen asuntos análogos. Ni los adulterios y desafíos en el mundo son como allí se pintan. El personaje principal recuerda mucho á Juanito Velarde (*Pequeñeces*), y es lástima, porque bien pudo ser una figura intensa y viva si el dramaturgo le señalara otros caminos. Un fracaso completo, con agravante para el autor, que tuvo la desgracia de ser llamado á escena dos veces al terminar el segundo acto, y sentir al final de la obra, como un reproche acaso excesivamente nuevo, el silencio del público. Nunca se vió cosa parecida; ni un aplauso, ni una palabra, ni la más pequeña manifestación de agrado ni desagrado: nada. La crítica podrá decirle á *Zeda* que hizo una obra descoyuntada y sin interés; pero no puede achacarle intrigas amistosas para mentir un éxito. Si *Zeda* hubiese tenido ayer en la sala un solo amigo, acaso, ya que no se pudiera evitar la mala fortuna de la obra (porque para esto era necesario hacerla de nuevo, y hacerla bien), se evitara el desaire, que no considero del todo justo. ¡Cuántas veces, á última hora, hemos dulcificado la desdicha de un autor con menos motivo!

Luciano R. Martín



# La modista.



No hay alas como sus alas,  
ni flores como sus flores,  
ni galas como sus galas,  
ni albor como sus albores.

No hay talle más hechicero,  
ni perfil más agraciado,  
ni rostro más retrechero,  
ni pie mejor modelado.

Apenas la luz asoma,  
entre mil vagos murmullos,  
y al viento da la paloma  
sus más amantes arrullos,

¿dónde va la modistilla  
tan gentil y vaporosa  
rebuñada en la mantilla  
que al aura se mueve airoso?

¿Donde va entre niebla fría  
esa niña delicada,  
anticipándose al día,  
del que es rival su mirada?

Bien así como ondulante  
rosa de fresco arrebol,  
al amanecer fragante,  
y mustia al ponerse el sol,

ó como perla que el mar  
guarda celoso en sus ondas,  
ella, más bella ejemplar,  
va á sepultarse entre blondas.

¡Infeliz! Aunque tan bella,  
ya sientes el padecer,  
porque no plugo á tu estrella  
riquezas darte al nacer.

La dura necesidad,  
te impone la condición  
de halagar la vanidad  
de un mundo sin corazón;

y cuando en regias mansiones  
ricamente decoradas,  
vense brillar las creaciones  
de tus manos delicadas,

y cual lindas mariposas,  
recamadas de tisú,  
á muchísimas hermosas,  
menos hermosas que tú,

yaces tan oscurecida,  
pobre joven, que aun allí  
debiendo ser aplaudida,  
¡nadie se acuerda de tí!

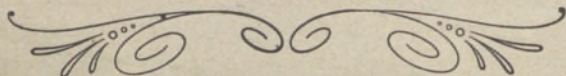
Mas no pierdas tu altivez,  
al verte en tanta pobreza,  
¡oh, niña! que la honradez  
vale más que la riqueza.

Si te aflige el menosprecio  
y abate la suerte impía,  
contempla que el mundo es necio,  
y que la suerte varía.

Preserva tu juventud  
de la impura corrupción,  
y hallarás en la virtud  
sublime compensación.

Con fe lucha, ten valor,  
y alcanzarás la victoria;  
que no hay lucha sin dolor,  
ni sufrimiento sin gloria.

*Manuel Thous.*





# CUARESMA



(ARTÍCULO DEL TIEMPO)

Estamos en plena Cuaresma.

Después de las orgías carnavalescas, tras las miles locuras que á la sombra de Momo han hecho memos y listos, después de atiborrar el estómago y de cansar las piernas, la Cuaresma ha asomado su famélico rostro, y su figura escuálida como una bacalada, preside la época de la meditación, del reposo y de las privaciones.

No lleva en su mano, seca como manojos de espinacas, la varita llena de cintas y cascabeles, sino las disciplinas, emblema del cilicio; ni viste de seda ó percalina, ni ríe á carcajadas; cubre su cuerpo huesoso el burdo sayal, y el sufrimiento se refleja en sus hundidos ojos.

Al estridente «¿Me conoces?» ha sustituido el fatídico «¡Que morir tenemos!» del trapense, y en todos los ámbitos del mundo católico parece como si bajo las bóvedas de una inmensa catedral repercutieran las broncas notas del *Miserere!*...

Por cima de todas estas alegorías, el hecho de que estamos en plena época cuaresmal se revela en todos los detalles.

Hay hogares donde la carne ha quedado proscripta, y donde los lacticinios son severamente castigados. Verdad es que en otras casas el ayuno está á la orden del día, y aún hay muchos desgraciados para quienes todo el año es Cuaresma, sin que les valga para eximirse de abstinencias y ayunos, ni la propia Bula de Meco; pero estas privaciones no son voluntarias, están impuestas por las duras reglas de una Orden aún más rigurosa que la de la Trapa, que es la de los que son menos que traperos, de los menesterosos que no tienen para sus menesteres.

Desgraciadamente, aún hay quien en este siglo de beneficencia se muere de hambre, que es como morir de una herida mortal *de necesidad*, como dicen los jóvenes *reporters* de sucesos... tristes.

Estos ayunos, después de todo, como afirma un ateneísta amigo mío, nada tienen de meritorio. Los verdaderamente dignos de loor y de alabanza son los voluntarios, como el que con extremado rigor ha establecido Doña Restituta en su acreditada casa de huéspedes de la calle de la Ruda, 116, tercero, sin ascensor, pero con vistas al Mediodía—fuera de las doce de la mañana no se ve nada, á pesar de los 300 y pico de escalones sobre el nivel del portal,—y del Mediodía de un patio que parece el tubo de una chimenea.

Doña Restituta, que vela, esto es, que no se duerme, por proporcionar á sus pupilos paz al presente y bienaventuranzas para lo porvenir, no transige con la carne en llegando estos días, y en efecto, ya ha logrado dejar en los huesos al señorito del gabinete, mondar al estudiante de la salita, momificar al gato y dejar reducida á su más mínima expresión á D. Sinforiano, el pobre murguista del desván, que anda por ahí sopla que te sopla, y que cada vez está más «sacudido de carnes».

¿Y cómo no? «Como que no como», que es lo que él dice. ¡Pues menudo *menu* es el que les da la patrona! Pero como donde hay patrona no mandan carniceros, de ahí que los huéspedes, que no contaron con la huéspedada, tengan que hacer el héroe por fuerza, ya que la señora de la casa ó de la despensa no les dispensa voluntariamente de las prácticas cuaresmales.

Claro es que quien no estuviera conforme con el trato que en el *hotel* de Doña Restituta se da, podría mudarse de casa pero ¡ay! es el caso que entonces la patrona les rendiría el baúl, y sería caérseles el mundo encima.

Es lo que les contesta Doña Restituta, cuando la echan sus pupilos en cara lo escaso del pan nuestro, es decir, del pan suyo:

—El que no lo quiera así, que lo deje. Paguen ustedes á tiempo y les aumentaré la colación; pero siempre de Cuaresma. Ustedes deben...

Y no falta alguno que replique:

—¡Ya lo creo que debemos!

Y D. Sinforiano, el del trombón, piensa que si tiene que

irse con la música á otra parte, va él también á convertirse en un instrumento de viento, aunque sin metal.

En otros hogares, á pesar de abundar los metales, la jefe de la casa impone la dura ley del alimento vegetalista y no hay quien la haga desistir de sus propósitos.

Sé yo de un general, que anda por ahí vociferando contra las minutas vegetalistas de Angel Muro y clamando contra las comidas de viernes. Antes se iba á comer al Casino, por supuesto sin que lo supiera su señora, después de hacer que comía en su casa; pero ahora le han puesto de tal modo que no parece sino que le han dado un par de puntapiés en la boca del estómago.

La otra noche le preguntaron en el Ateneo, si se acordaba de alguna égloga «virgiliana», y por poco si promueve una cuestión personal.

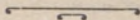
Había entendido ¡horror! «¡Vigilia, Ana!»

Y Ana es su mujer.

*Candela*



## La mariposa y el trébol.



.....  
¡Promesas y juramentos,  
.....  
más que vivos, viven muertos!

Conservo una mariposa  
y cuatro hojitas de trébol,  
encerradas en cristales  
— para librarme de agüeros. —  
Símbolos de una pasión  
que guardo dentro del pecho,  
y que la muerte tan sólo  
romperá sus ligamentos.  
Es la linda mariposa  
fantasía de mi ensueño,  
y me aseguran fortuna  
las cuatro hojitas del trébol.  
Con estas supercherías

la vida paso contento,  
pues todos mis ideales  
vuelan hacia... el polo extremo,  
como la corriente eléctrica  
da la vuelta al mundo entero;  
y si á la tierra en contacto  
se la pone con el cielo,  
lo mismo se halla mi alma  
con el alma que yo quiero.  
¡Y esta reliquia profana,  
va pendiente de mi cuello,  
como va tu imagen siempre  
dentro de mi pensamiento!

*Angel Vergara de Prado*

## Historia verídica de un duro falso.

Le contaré, amigo Paso,  
lo que me pasó:—Pasaba,  
hace tres ó cuatro días  
por la calle de la Pasa,  
y se me ocurrió comprar  
doscientos gramos de pasas.  
Dí un paso falso al entrar  
y una chulilla muy guapa,  
rióse al ver la ridícula  
posición en que me hallaba.  
Dí para pagar un duro,  
y me dijeron: «no pasa,  
porque es más falso que Judas»,  
y con las orejas gachas  
á la calle me salí  
por la puertecilla falsa.  
¿Qué he de hacer con este duro?  
—al irme de allí, pensaba.—  
Voy á pasar mil fatigas,  
pero el tal duro no pasa.  
Quise dárselo á mi tío,  
don Pantaleón Garnacha,

por aquello de que siempre  
en familia todo pasa.  
¡Que si quieres! Me quedé  
con el duro y con las ganas,  
pues me dijo:—Sobrinito,  
puedes pasarlo... por agua.  
¡Qué duro me fué marcharme  
con el duro! Con qué rabia  
pensaba: ¿De qué me sirve  
ser pasante de Garnacha,  
el abogado más célebre,  
si no le paso? ¡De nada!  
Triste ya y desengañado  
me retiraba á mi casa,  
meditando en la falsía  
del duro, y la vida humana;  
pasó á mi lado un amigo  
y me dijo: adiós, Cortázar,  
páselo usted bien; y entonces  
exclamé lleno de rabia:  
este duro, créalo usted,  
¡ni Dios, con ser Dios, lo pasa!

*José Dox de la Rosa*

## Retrato vivo.

Falto de pan y de abrigo  
corre el pequeño mendigo  
de los que pasan en pos;  
y aunque de Dios nada sabe,  
con voz lastimera y grave  
pide en el nombre de Dios.

Sólo se encuentra en el mundo  
frente á un destino iracundo  
que le trata sin piedad.

¡Y el huérfano abandonado  
aprende á amar el pecado  
y se educa en la maldad!

Indigna ver á ese niño  
falto de todo cariño  
y condenado á vivir  
diciendo á todo el que pasa:  
«¡No tengo ni pan ni casa  
para comer y dormir!»

¡Y aún el mundo, que le priva  
de un alma caritativa  
que le aficione á rezar,  
se asombra y arruga el ceño  
si ve á un niño tan pequeño  
que ya sabe blasfemar!

Mientras seguir esa ruta  
le dejen, será absoluta  
la inocencia de ese ser:  
educándose en la calle,  
todas las infamias que halle  
tendrá al fin que recoger.

Eternamente dichosa  
será el alma generosa  
que consiga dirigir,  
por un honrado sendero,  
á ese niño pordiosero  
que aún no tiene porvenir.

*Luis Aláez*

*Nuestros poetas.*



**Eusebio Blasco.**

Autor cómico eminente  
que á pocos tiene delante;  
orador muy elocuente  
y personaje influyente;  
tanto... que aún sigue cesante.

## Recuerdo natal.



Hacia poco tiempo que había llegado á España, y en los pocos días que llevaba de residencia, ya había sido objeto de la curiosidad pública, llamando especialmente la atención de los transeuntes el color de su rostro, negro y reluciente.

Era uno de los muchos mulatos que permanecieron fieles á la bandera tan sagrada y querida como la de la Patria, y consintió regresar á la Península antes que hallarse al servicio de los enemigos de ésta.

Al llegar á Madrid fué incorporado á uno de los batallones que hay de guarnición en la corte, en donde pronto hizose amigo de sus compañeros de cuarto, y acompañado de éstos, vestido con la guerrera azul y su pantalón encarnado, paseaba muy ufano y contento por Madrid, cortejando y dirigiendo chicoleos á cuantas *Menegildas* encontraba al paso.

Sentíase muy feliz, y por tal razón, casi orgulloso, medido en su recio traje de paño, aunque dicha felicidad fuese interrumpida momentáneamente por algún recuerdo de su tierra querida, en donde había nacido; nubecilla que empañaba por un momento la luz del sol, para desaparecer y quedar éste más diáfano y bello que antes. Dicho recuerdo le tuvo siempre escondido en el fondo de su corazón, sin atreverse á comunicarlo á sus compañeros por temor á chachotas y bromas pesadas y de mal género.

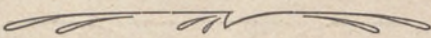
Ni envidiado ni envidioso, sin familia, pareciéndole rico manjar el rancho con que se alimentaba á diario, se deslizaban los días tranquilamente, sin que ninguna pena prometiera turbar el sol de su felicidad.

Una tarde, salió del curatel, como siempre, acompañado de sus amigotes, é iban hablando alegremente de *sus cosas*: si la Fulana ó la Mengana habíales prometido traer unos cigarrillos, hurtados lindamente de los bolsillos del señorito; si la Fulana iría el próximo domingo á la Fuente de la Teja á bailar un poco; y así, hablando y andando á un

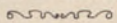
mismo tiempo, al doblar una esquina, encontráronse con un piano de manubrio, que, manejado diestramente por un jovenzuelo, lanzaba al aire los compases de una sentida habanera.

Al oirla el mulato, un involuntario estremecimiento de alegría recorrió todo su cuerpo; subióle una oleada de sangre al rostro; latióle el corazón fuerte y precipitadamente, y olvidando las Ordenanzas militares y la circunstancia de encontrarse en la vía pública, adelantó unos cuantos pasos, encasquetóse el ros y empezó á marcar los compases de la habanera al son del piano. Los recuerdos natales apoderáronse de su voluntad, y loco de entusiasmo y alegría al oír su tango querido, gritó fuertemente y con voz preñada de júbilo: ¡Viva Cubita española!, al mismo tiempo que zapateaba dicha habanera, perdiendo por último el compás, mientras que sus compañeros de cuartel quedábanse asombrados y á pique de soltar la risa; al organillero le sucedía otro tanto, y los transeuntes detenían su paso para contemplarle, y dudando alguno de ellos si detenerle, ó dejar que continuara bailando, para calmar y apagar los recuerdos natales que se habían apoderado del feliz mulato.

*Emiliano Ramirez*

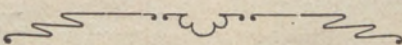


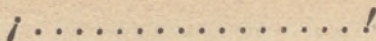
## Me extraña.



Con bata se viste Donato Peralta;  
también gasta bata Torcuata García;  
tan corta á Donato le viene la bata,  
cual larga á Torcuata, que ya es demasia.  
Me extraña, y lo dudo por más que se afirma.  
¿Sabéis qué me ha dicho Pepito Zapata?  
Que nada me extrañe, porque es una misma  
la bata que gasta Donato y Torcuata.

*José A. Martínez Sáura*

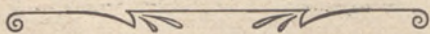




Me cuentan los que suspiran  
ausentes de sus amadas,  
que alivian sus hondas penas  
cuando en los árboles graban  
el nombre, que dulcemente  
eterno en sus labios vaga:  
Otros me dicen, ¡los tristes!,  
qué cuando llevan la planta  
por las menudas arenas  
de alguna anchurosa playa,  
se inclinan, y entre suspiros  
el nombre querido trazan.  
Pero yo, de la que adoro,  
si el destino me separa,  
ni en árboles, ni en arenas  
grabo su nombre. Me basta  
llevarlo dentro del pecho,  
que allí nadie le profana.  
¿Para qué escribir el nombre  
de la mujer adorada  
en arenas de las cuales  
han de borrarlo las aguas,  
ó en árboles que sucumben  
al rudo golpe del hacha?

¿Queréis hallar un consuelo  
en la soledad forzada,  
que impone á todos la ausencia  
dei bello ser que se ama?  
Pues evocad de ese angel,  
por quien suspira vuestra alma,  
la imagen bella, y veréis  
cómo todo de él os habla.  
Oiréis pronunciar su nombre  
al rumor de la cascada,  
al viento, al chocar del árbol  
con las hojas de sus ramas,  
al arroyo en el murmullo  
con que su corriente avanza,  
á las aves en sus quejas  
en dulces trinos lanzadas,  
desde el lugar preferido  
donde su nido descansa...  
Evocadla, que os aliente  
la dulcísima esperanza;  
mas llevad sólo en el pecho  
esa cifra idolatrada:  
¡que allí muere con nosotros  
y allí nadie la profana!

*Alberto Lardiés*



## QUISICOSA



Prendado de unos ojos  
color de cielo,  
he pasado los meses  
y años enteros.  
Años enteros  
pensando noche y día  
en ser su dueño.  
Mas nunca fué la dicha  
mi bienhechora,  
y olvidóse la ingrata  
de mi persona.

De mi persona,  
que olvidarse no puede  
de quien adora.  
¿Qué recurso me queda  
con tal desdicha?  
¿El matarme? Es seguro  
que otro lo haría,  
Que otro lo haría,  
sin saber la torpeza  
que cometía.

*M. Martín Rodríguez*



## Nuestros poetas.



Antonio Palomero.

---

### DIÁLOGO NOCTURNO

---

—Me alegro encontrarte, Paco.

—Y yo también, Acevedo;  
porque tengo mucho miedo  
de que me den un atraco.

—Tu bondad es necesaria.

—Yo necesito tu venia,  
porque está la calle tenia.

—¿Cómo tenia?

—Solitaria.

—Como me retiro tarde,  
tengo un plan, y ningún tuno

podrá robarme.

—¿Ninguno?

Siendo como eres cobarde?

—Nada que pueda valer  
de noche voy á llevar...  
y no me podrán robar...

—Pues mi plan vas á saber:  
por si robarme pretenden,  
opino que es lo mejor  
llevar cosas de valor...  
para ver si me defienden.

*J. Sabau Romero*

## Un Luis de oro.

Cuando Luciano vió su último billete de cien francos atrapado por el rastrillo del banquero y se levantó de la mesa de la ruleta donde acababa de perder los restos de su modesta fortuna, reunidos por él para esta batalla suprema, sintió un vértigo que á poco le ha'e caer.

Con la cabeza turbada y las piernas vacilantes, llegó hasta la banqueta de cuero que rodeaba la sala, y en ella se dejó caer desfallecido. Durante unos minutos contempló vagamente aquel garito clandestino donde había malgastado los años más hermosos de su juventud, y oyendo el ruido del oro sobre el tapete y pensando que estaba arruinado y perdido, se acordó de las pistolas de ordenanza que guardaba en su *secretaire*; pistolas de ordenanza con que su padre el general Hem, entonces capitán, se distinguió valientemente en el ataque de Zaatcha. Con este pensamiento y rendido de fatiga, cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, con la boca pastosa y la cabeza pesada, sintió una necesidad imperiosa de respirar el aire libre.

Por una ironía de su memoria, recordó que era víspera de Navidad, y las inocentes emociones que en aquella noche, algunos años antes, había sentido al dejar sus zapatos en la chimenea ó en el balcón.

En este momento, el viejo Droski, *gancho* del garito, el polonés clásico, con su gabán raído, guarnecido de galones y de palmas, se acercó á Luciano diciéndole entre dientes: «señor, présteme usted una pieza de cinco francos; hace dos días que no falto del Círculo, y en este tiempo no ha salido el número 17; me dejaré cortar la mano derecha si cerca de la media noche no sale este número.»

Luciano se encogió de hombros, y sin contestar siquiera salió á la antesala, tomó febrilmente su sombrero y su gabán, y bajó la escalera con asombrosa rapidez.

En las cuatro horas que estuvo encerrado en el garito había nevado copiosamente, y la calle, una calle estrecha de París, con altos edificios, estaba completamente blanca.

El jugador arruinado se estremecía bajo las pieles de su gabán, dando vueltas á sus ideas de desesperación y pensando con tenaz insistencia en aquellas pistolas que guardaba su *secretaire*.

De pronto se detuvo bruscamente ante un espectáculo conmovedor.

Sobre un banco de piedra, situado según antigua usanza cerca de la puerta monumental de un hotel, estaba acurrucada una niña de seis á siete años, mal envuelta en un vestidillo viejo y rodeada de nieve.

Se durmió allí, á pesar del frío, en una actitud espantosa de fatiga y desaliento, y su cabecita y su espalda parecían incrustadas en un ángulo de la pared, reposando sobre la piedra helada.

En el suelo habia colocado uno de sus zapatos, y su piececito desnudo colgaba lúgubrementa.

Luciano llevó maquinalmente la mano á su bolsillo, pero recordando que no tenia un cuarto, formó la resolución de llevarse la niña y darla asilo por aquella noche.

Guiado por este sentimiento de piedad, se aproximó para tomarla en brazos, y al inclinarse vió claramente brillar dentro del zapato, colocado en la nieve, un luis de oro.

Una persona caritativa, una mujer sin duda, recordando la conmovedora leyenda de la noche de Navidad, puso en él tan magnífica limosna, para que juzgándola regalo del Niño Jesús, aquella desgraciada esperase en la bondad infinita de la Divina Providencia.

*¡Un luis de oro!* Era para la pobre mendiga muchas semanas de reposo, casi la riqueza.

Luciano pensó despertarla para comunicarla su dicha, cuando sintió una alucinación extraña, una voz, la voz del polonés, que le decía: *«Llevo dos días sin salir del Círculo; en todo este tiempo no ha salido el número 17; me dejaré cortar la mano derecha si cerca de la media noche no sale este número.»*

Y aquel hombre, de 23 años, descendiente de una familia honrada, que jamás hasta entonces empañó su honor de modo alguno, concibió un pensamiento espantoso, y sintió una abominable tentación. Se arrodilla, adelanta con precaución su mano, mira alrededor, y, persuadido de que nadie le ve, saca del zapato la pieza de oro.

Anda precipitadamente, llega á la casa de juego, sube de cuatro en cuatro los escalones, empuja la puerta entornada de la sala maldita, entra en el preciso momento de sonar la primera campanada de las doce, y pone sobre el tapete el luis de oro, diciendo:

A pleno sobre el 17.

El 17 gana.

Luciano vuelve la mano, y pone los 36 luses sobre el rojo.

El rojo gana.

Deja los 72 luses sobre el mismo color, y el rojo sale de nuevo.

El mismo movimiento una y otra vez, y siempre el mismo éxito.

Ya tiene delante un montón de oro y billetes, y continúa golpeando el tapete frenéticamente. La «decena», la «columna», el «número», todas las combinaciones le eran propicias: era una suerte inaudita, sobrenatural. Parecía que la pequeña bola de marfil, fascinada, magnetizada por la mirada del jugador, saltaba las casillas de la ruleta obedeciendo siempre sus deseos.

En diez golpes había recobrado aquellos billetes de 1.000 francos que perdió al empezar la noche; luego, haciendo puestas de 200 y 300 luises, y ayudado de su fantástica vena, llegó á reedificar su fortuna, reuniendo el pequeño capital heredado de sus padres y perdido en pocos años.

Los bolsillos interiores y exteriores de su abrigo estaban llenos de paquetes de oro y de rollos de billetes; los bolsillos del pantalón, los del chaleco, su petaca, su pañuelo, todo lo que podía servir de recipiente, todo fué aprovechado, y jugaba siempre, y siempre ganaba. Como un borracho repetía las mismas frases; y con una seguridad absoluta ponía en el tapete puñados de oro y con soberano desdén recogía aquellas fabulosas ganancias. Sin embargo, abrasaba su corazón como un hierro candente el recuerdo de aquella niña dormida sobre la nieve, de aquella inocente á quien había robado.

«Todavía estará allí—se decía—¿dónde había de ir? En cuanto dé la una abandonaré esta casa, yo lo juro, y volaré á buscarla; la tomaré en brazos y la llevaré conmigo, la acostaré en mi cama, y nunca la abandonaré; la educaré, la dotaré y la cuidaré siempre, siempre, como á una hija.»

Pero el reloj dió la una, y la media, y las dos menos cuarto, y Luciano continuaba sentado delante de aquella mesa infernal.

Al fin, un minuto antes de sonar las dos, el banquero se levantó bruscamente, y dijo en voz alta:

—Señores, ha saltado la banca. Basta por hoy.

Luciano se puso en pie, y separando á los jugadores que le contemplaban con envidia, ganó la escalera y el camino que conducía al banco de piedra del hotel.

De lejos, y á la luz del mechero de gas, vió á la pequeña recostada aún sobre la piedra helada.

¡Loado sea Dios, exclamó, todavía está allí!

Se acerca y la coge las manos.

¡Que fría está, pobrecita!

La toma en brazos para llevársela, y la cabecita de la niña cae hacia detrás, sin que por esto se despierte.

¡Cómo se duerme á esta edad!

La oprime contra su pecho para darla calor, y preso de una vaga inquietud quiere despertarla y la besa en los ojos. Entonces ve con terror que sus párpados están entreabiertos y su pupila inmóvil y vidriosa. Una horrible suposición hiere su cerebro, y acerca su boca á la de la niña y no siente ni el más ligero síntoma de vida. La niña no respira.

Mientras Luciano ganaba una fortuna con el luis de oro robado á aquella infeliz ¡ella moría de frío!

Una angustia espantosa invade su alma; se ahoga; aterrado, quiere gritar... y al esfuerzo que hace, se despierta y sacude tan horrible pesadilla.

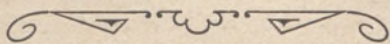
Quedóse dormido sobre la banqueta del Círculo, y el criado, al retirarse, cerca de las cinco de la mañana, le dejó allí, respetando bondadosamente el sueño del pobre arruinado.

Una hermosa aurora de Diciembre alumbraba pálidamente los objetos. Luciano salió, tomó un baño, se desayunó y fué á inscribirse como voluntario en el primer regimiento de cazadores de Africa.

Hoy Luciano es subteniente; sólo cuenta para vivir con su sueldo, y á él se arregla; es un oficial estimadísimo, y jamás toca una carta. Todavía halla medios para hacer alguna economía, porque hace unas noches, uno de sus compañeros, viéndole dar limosna á una niña que dormía junto al quicio de una puerta, cometió la indiscreción de curiosear lo que Luciano daba á la pobre, y quedó sorprendido de la generosidad del subteniente.

Luciano había puesto en la mano de la pequeña pordiosera un luis de oro.

*Francois Coppée*



## CANTARES



Vente conmigo á Inglaterra,  
niña de mi corazón;  
así sabrán los ingleses  
lo mucho que vale el sol.

Dos cosas hay parecidas  
en el tamaño y la forma:  
la Giralda de Sevilla  
y las cuentas de mi esposa.

¡Cualquiera la entiende á esa!  
a! decir «no» con la boca  
dice «sí» con la cabeza.

*Adolfo S. Carrere*

# EPIGRAMAS

—♦♦♦—

Queriendo, en una reunión,  
el bueno de Serafín  
demostrar la ilustración  
de su hijo más chiquitín,  
—«¿Qué será, le preguntó,  
el que en Escocia ha nacido?»  
Y el niño le contestó  
sin vacilar: «Escocido».

Se puso malo Gaspar  
á causa de un atracón,  
y un médico fué á buscar  
su esposa, por precaución.

Vino el doctor, y al pulsarle,  
dijo á la mujer: —«No es nada;  
esto se cura con darle  
á todo pasto cebada.»

*Vicente Montó*

Por ojos la han colocado  
dos soles, y no me asombra  
que cuando voy á su lado  
me diga á veces: ¡Cuidado  
que tiene usted *buena sombra!*

De farolero, Mauricio,  
por primera vez salió  
y poco diestro en su oficio  
doce faroles rompió.

Aseguro que no hay dos  
tan buenas como mi suegra;  
ni me da una sola pena,  
y me quiere con amor.  
—Pero que murió ¿no es cierto?  
—Pues, claro está que murió;  
por eso no la hay más buena.

*Gonzalo Castels y Nasso*

Viendo á Gil en su berlina  
preguntó á un amigo Olcina:  
—Tan de prisa ¿dónde irá  
y con tal lujo?...

—Pues va,  
contestóle, á su ruina.

—Gil no quiere á su mujer,  
según la gente asegura.  
—Eso no es cierto, Adelina.  
—¡Pero si todas le gustan!  
—Pues si á todas quiere, ¡es claro  
que también querrá á la suya!

Concha regaló un bastón  
á su primo Luis Pantoja,  
y éste va diciendo á todos  
que tiene un bastón de *concha*.

*Eduardo Quillar*

---

## LAS SANGUIJUELAS

---

—No se apure usted, señora,  
la enfermedad no es maligna  
y dentro de poco tiempo  
estará buena la niña.  
Cuestión sólo de paciencia,  
quizá no llegue á tres días  
los que se pase en la cama.  
La ciencia médica opina  
que se ponga á la paciente,  
para dar prontá salida  
á la sangre, sanguijuelas.  
Nada más. Muy buenos días.

.....  
—¿Qué tal se encuentra la enferma?  
—Doctor, ahora está dormida.  
—Pues habrá que despertarla,

si he de hacerla la visita.  
¿Cumpieron mi encargo?  
—¿Cuál?  
—El de poner á la niña  
las sanguijuelas que dije.  
—Sí, señor. La señorita,  
al hablarla del remedio,  
aceptarlo no quería;  
pero después, con premura,  
mandé por ellas á Elisa,  
las trajo, y esta mañana  
muy tempranito, á la niña  
pregunté: ¿cómo las quieres?  
y me contestó que... fritas;  
por lo cual, de esa manera  
las comió la señorita...

*E. Velázquez y Maspons*

# Amorosa.

125

Cuando yo cierto esté de que me quieres,  
cuando me des la prueba del cariño  
que tu voz tantas veces me ha jurado  
que nunca fué fingido,  
estoy dispuesto á amarte con locura  
y llevar mi pasión hasta el delirio.  
Mas tus palabras, niña, no enloquecen  
ni calman el ardor del pecho mio,  
ni quitan la emoción que abriga un hombre  
y embota sus sentidos.

Tú excitas mi pasión, mas nunca quieres  
prestar á tanto fuego un lenitivo.

Vamos los dos á darnos caza mutua;  
los dos de pillo á pillo;

mas soy tan veterano en esas cosas,  
que conozco ya el plan del enemigo,  
y aunque éste sea audaz, yo le aventajo;  
sin rendirme me bato con ahinco.

Tú has querido vencerme en la batalla  
y hacerme en el instante tu marido;  
quise tomar yo el fuerte por asalto  
y quedé en el rastrillo.

Ríndete, porque ya te falta aliento;  
mira que es bravo el que luchó contigo  
y hay que firmar la paz con el soldado  
que tan bien en la lucha ha combatido.

Si mi bandera abrazas, te prometo  
amarte con delirio.

Pero... entrégate al fin, ríndete al cabo,  
y dame ya la prueba de cariño.

*Galisto Navarro (hijo)*



# El medallón.



X

En este instante acaba de venir mi doncella de poner el anuncio; Dios quiera que fuera á parar á buenas manos y me sea devuelto, pues de lo contrario tendría un terrible disgusto. No por su valor, que, aunque es mucho, nada me importa, sino por ser recuerdo de mi querida madre.

Por esto lloré y me desesperé al notar su falta, llegando hasta el extremo de renegar de la hora que se me ocurrió ir al teatro.

Y eso que pasé una noche sumamente agradable, y vi á ese joven tan tímido que me persigue á todas partes, y nunca se decide á declararse.

¡Já! ¡Já! Me da risa tanta timidez. Y el caso es, que enamorado debe de estarlo de veras, á juzgar por sus ardientes miradas, su constancia y exagerada insistencia.

La verdad es que es elegante, simpático y hasta guapo... ¡Jesús! Cualquiera diría que estoy enamorada de él.

XX

Desde que te encontré, preciosa joya, no hago más que pensar quién será tu dueña. Daría todo cuanto poseo por saberlo, y en verdad que esto no deja de ser una tontería.

Lo cierto es que su dueña habrá tenido un disgusto por su pérdida, pues debe ser recuerdo de familia; su forma algo anticuada lo indica.

Deploré su encuentro, y aún lo deploro, pues me privó de seguir una vez más á la que tanto quiero.

.....  
Sí; este es, el mismo, el que yo encontré, bien claro está en este anuncio: «Perdido medallón de oro con brillantes á la salida del teatro de... Se suplica su devolución, Alcalá, 7. Se gratificará. Es recuerdo de familia.»

Son sus señas, sí; mañana mismo iré á devolverlo.

Si con este motivo pudiese verla, hablarla...¿Qué poco anda el tiempo! ¡Cuándo será mañana!

XXX

—¿Se puede?

—Adelante. (¡Él!)



—Señorita... ¡Ella! Leí el anuncio en que se suplica la devoción de un medallón perdido, y me he apresurado á traer éste que he encontrado.

—¡El mismo! Doy á usted mil gracias, caballero, y le debo la alegría más grande de mi vida.

—Inmensa es también la mía por ser yo el portador de él, pues me concede la dicha de poder ver á usted tan cerca, y admirar sus poderosos encantos.

—Sois muy galante. Yo quisiera pagarle de algún modo; pero... no sé cómo. Créame: nunca me figuré que fuese usted el que... ¿Cómo corresponder ¡Dios mío! á su atención?

—Muy fácilmente; escuchándome un momento.

—Si no es más que eso, puede usted hablar.

—Creo habrá usted notado que hace tiempo la sigo á todas partes, cual si fuera su sombra, sin que jamás me decidiera á expresarle lo mucho que la quiero; esto os sorprenderá, pero no me debe culpar, culpe más bien á su belleza, que no me dejaba decidirme porque veía la diferencia grande que nos separaba; entre lo poco que yo valgo y las cualidades que adornan á usted, hay un abismo. Por eso no me atrevía á declararla mi amor.

—Me deja usted asombrada. ¿Cómo había de pensar que...

—Que os amaba, ¿verdad?

—Pues bien; sí, desde mucho tiempo, con pasión, con locura. Hoy, al devolveros la alhaja perdida, me atrevo á pedir la recompensa ofrecida en el anuncio.

Cuando le leí, entendí que la gratificación más espléndida sería nada al lado de una pequeña esperanza que una palabra sola de usted me haga concebir. Señorita, en pago del medallón de vuestra madre, ¿me concedéis lo que tanto he ambicionado?

—Caballero... yo....

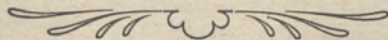
—Respondedme, por favor.

—Sí... os lo concedo, porque yo también os amo desde hace tiempo.

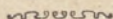
—Gracias, mil gracias; no podéis comprender cuán dichoso me hacéis.

—(Al fin te encontré, joya querida. ¡Bendita mil veces sea la hora en que te perdí!)

*Gabriel Dias López*



## AMOR ETERNO



Era una noche de estio,  
de esas noches sosegadas  
que en el ancho firmamento  
fulgura el astro de plata.

Montado en negro corcel  
un bravo cristiano avanza,  
sin temor á los moriscos  
rebeldes de la Alpujarra.

Al trote de su caballo,  
un pequeño puente gana  
sobre el río Guadalfeo,  
que turbia corriente arrastra.

Deja á un lado el Lanjarón,  
lugar que escondido se halla  
entre bosques de naranjos  
y de palmeras lozanas.

Llega á lo alto de la cumbre  
de una escarpada montaña,  
y al otro lado en el valle  
divisa una casa blanca;

pequeño vergel de amores  
que rico tesoro guarda,  
á una mora, la mas bella  
que hay en toda la Alpujarra.

A su caballo espolea,  
y en pocos segundos salva  
la distancia que existia,  
del cerro á la casa blanca.

\* \*  
\* \*

Al resplandor de la luna.  
mora y cristiano se enlazan,  
y sus cuerpos se confunden  
estando unidas sus almas.

Roba la brisa á su aliento,  
las amorosas palabras  
y entre cortados suspiros,  
que brotan de sus gargantas,  
¡ay, Diego, cuánto te adoro!  
¡cuánto te idolatro Zaida!

tuya seré en la otra vida;  
muerto yo, tuya es mi alma.

Y en señal de juramento  
de aquellas dulces palabras,  
juntos sus labios, un beso  
sonó en la noche callada.

\*  
\* \*

Se defiende Diego Márquez  
en lucha desesperada,  
mientras á Zaida sostiene,  
en su brazo desmayada;  
pues mientras su cuerpo aliente,  
no le robarán su Zaida,  
teniendo sangre en las venas  
y en su mano fuerte espada.

Y en la lucha desigual  
que sostiene, vuelve y para  
los tajos innumerables,  
que los moros dan con saña;

hasta que ya ¡oh maldición!  
un golpe de cimitarra,  
al valiente Diego Márquez  
en la cabeza le alcanza;

oscila y por fin cae muerto;  
y al caer, el cuerpo arrastra  
de Zaida, que, vuelta en sí,  
ve á Diego muerto y le abraza;

y antes que puedan los moros  
del cristiano separarla,  
la daga de Diego Márquez  
en el seno se la clava.

.....  
.....

Al romperse el negro velo  
con la débil luz del alba,  
se vió en el lozano valle  
donde está la casa blanca,

los dos cuerpos enlazados,  
en su sangre allí mezclada;  
habiendo volado al cielo,  
también unidas, sus almas.

## ¡ Mi niña muerta !

¡Qué noche tan triste!  
¡Qué noche tan largal  
Y al fin de la noche  
¡qué horrible mañana.  
Mi niña, que amante  
siempre me miraba,  
llevando á mi pecho  
alegre esperanza,  
en aquella noche  
los ojos cerraba,  
sin oír mis súplicas  
y sin ver mis lágrimas.  
Casi no era nuestra,  
casi allí no estaba,  
de su pobre cuerpo  
tan sólo quedaban  
despojos de vida,  
que quizás por lástima,  
para que algo viéramos  
de su edad pasada,  
no cortó la muerte  
con fina guadaña,  
y del alma sólo  
tristezas y ansias,  
al mirarse envuelta,  
al sentirse ahogada,  
por el negro manto  
que con fiera saña  
nos priva de seres  
que nos hacen falta.  
Y cuando en mis ojos  
clavó su mirada  
que, cual luz que muere,  
relampagueaba,  
creí que quería  
arrancar mi alma,  
sirviendo de garfios

sus negras pestañas;  
se escaparon gritos  
de aquella garganta,  
saliendo por labios  
que fueron de grana,  
y dijo: «¡Me muero!  
¡Adiós! ¡Aire! ¡Agua!  
¡Me ahogo!» No pudo  
decir más palabras,  
la sangre escapóse  
por la blanca sábana  
formando contraste  
con su cara pálida,  
y alzando en el aire  
sus manos crispadas,  
dejó de ser poco  
para no ser nada.  
Y yo medio loco  
me acerqué á la cama  
por ver si vivía,  
pero allí no estaban  
más que los guñapos  
de glorias pasadas,  
y abriendo los brazos  
la estreché con rabia,  
queriendo servirla  
hasta de mortaja.

.....  
.. ..

Luego al alejarme,  
cual si despertara  
de un terrible sueño  
con el alma helada,  
busqué algo en mi pecho  
y no encontré nada:  
¡tan sólo en el fondo  
girones de un alma!

*Fernando José de Larra*

## Seguidillas.

Me trague la tierra,  
y allá en sus entrañas  
me coma un demonio maldito,  
si no me las pagas.

Me maldijo en vida,  
causó mi tristeza,  
y en mis brazos me dijo: te quiero,  
al quedarse muerta.

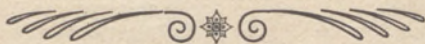
*Luis Elvira Lasin*

## MI MAYOR DESEO

### SONETO

No una mujer, un ángel de belleza,  
que de una flor en la corola pura  
ha debido nacer; una figura  
llena de majestad y de grandeza;  
sultana por su altiva gentileza,  
esclava cuando vela su hermosura,  
cielo cuando en sus ojos hay dulzura,  
infierno cuando en ellos hay dureza:  
es á la que amo yo, entre mil azares  
cual nave por los vientos combatida,  
y es mi mayor afán, mi único anhelo,  
conducirla ante Dios á los altares,  
para decir al mundo: «esta es mi vida»,  
y á ella, á solas decirla: «eres mi cielo».

*J. José Fernández*



## ¡MISTERIOS!...



Yo comprendo que allá más arriba,  
donde sabemos vive el Creador,  
ilusiones habrá que reemplacen  
amargas tristezas, borrando el dolor.

Yo comprendo la paz infinita,  
el sosiego y calma que disfrutarán  
los que gocen de aquellas regiones,  
benditas y santas, que no acabarán.

Yo comprendo el volar majestuoso  
de las almas bellas que quieren llegar;  
y casi imagino la espinosa senda  
que los peregrinos tendrán que escalar.

Yo comprendo que aquel paraíso,  
es jardín celeste lleno de atracción,  
lo que no comprendo es... que allí se ame,  
si no llegan juntos alma y corazón.

*José González Matallana*

## Menudencias.

Por cosas del regimiento  
riñó el sargento Sarmiento  
con Alfin y el cabo Bravo,  
y les pegó al fin... y al cabo  
dos puntapiés el sargento.

\*

Por llamarle mal actor,  
ahora que apenas empieza,  
Juan le dió un palo á Melchor  
y le partió la cabeza.

Si ofendió su orgullo artístico,  
hizo bien en darle el palo;  
Juan es *buen característico*,  
mas tiene el *carácter malo*.

\*

Serafina, que es divina,  
tiene una voz tan hombruna,  
que si canta en la cocina  
se la oye desde la luna.  
¡Será basta Serafina!

\*

—Un millón tiene Pascual  
en vinos y en aguardiente.

—¡Un millón!

—Justo y cabal.

—¡Y es... líquido el capital?

—¡Líquido completamente!

Ramón Fensensio Más

## Chirigotas.

El académico Ruiz  
(que es muy bruto, según cuentan)  
se encuentra escribiendo un  
diccionario de la lengua,  
y según yo me he informado  
está en las *primeras letras*,

\*\*\*

De diabetes se murió  
mi compañero Bermúdez,  
por eso, sin duda, dicen  
que tuvo una *muerta dulce*.

\*\*\*

Así hablaba, dando alientos,  
un doctor á un desgraciado,  
que se encuentra en mal estado  
por carencia de alimentos:  
—Está V. anémico, pobre,  
hierro necesita usted,  
y él contestó: —¡Si sabré...  
lo que me hace fa'ta!... *Es cobre*.

\*\*\*

¡Qué afición á los naipes  
tiene el pillastre Paco!  
Casi toda la vida se la pasa  
*sacando solitarios*.

Jesús Niosalido



Hemos tenido el gusto de saborear las bellezas del excelente libro que acaba de publicar D. Ricardo Hernández bajo el título de *Tardes de invierno*. Es una obra lujosamente impresa y que debe figurar en todas las bibliotecas.



C. F. O.—Alcázar.—Son impropios de esta Revista.

M. A. M.—Ligeras incorrecciones.

Q. Rito.—Veré si puedo publicarlas.

M. M. R.—Queda usted complacido.

S. F.—No sirven; no tiene usted ni idea de lo que son ana-creónicas.

A. G. C.—Demasiado realista, pero muy bonito.

S. R.—Muy malos.

J. Rubio Casellas.—Gracias por su precioso libro *Naranjas de la China*; no podemos dar cuenta de él en la sección de *Bibliografía* por no estar impreso en los talleres de EL ARTE.

M. C.—Oviedo.—Se le ha contestado en carta particular.

F. S. G.—Valladolid.—Busque otro asunto.

Uno que lee gratis EL ARTE.—Congreso.—El suplemento se publicará ya siempre en español, pues hay una gran mayoría de lectores que así lo han pedido. Los que preferían la explicación de los grabados en francés, no tienen inconveniente en que sea en español. Los lectores numerosos que tenemos en las Américas latinas desean también que sea en castellano.

Ró de Sá.—Envíe algo más corto.

M. R. P.—Venga otra cosa con su firma.

J. M. G.—Inocencia y pecado.. muy bonita, pero...

M. G.—Tenemos exceso de cantares.

Quedan muchas cartas por contestar.

### *Importante.*

El núm. 1.º se vende á 10 céntimos al público; 5 á correspon-sales.

Hemos empezado la reimpresión de los núms. 2.º, 3.º y 4.º, que pondremos á la venta al mismo precio de los números co-rrrientes.



*SIDRA*  
*CHAMPAGNE*

MARCA

**“EL HÓRREO”**

*Fabricantes*

**Hijos de Pablo Pérez**



**ASTURIAS (Colunga)**



La mejor de las conocidas. ✕ Probarla para convencerse.

**Exportación á todas partes.**